NOTAS

La dictadura, tema novelístico

La dictadura, esa epidemia endémica de nuestro continente, pasa de su terrible existencia real al mundo de fantasía de la novela. Es revelador el hecho de que las primeras novelas de América, *Amalia*, *Facundo* (¿será novela?) y el *Matadero*, sean el resultado de la realidad política de la dictadura de Rosas. Desde la primera mitad del siglo pasado hasta hoy esos hombres execrables que han teñido de rojo nuestra historia continental han figurado como personajes, siniestros personajes, en la ficción americana.

Rosas, el doctor Francia, los López, Melgarejo, Guzmán Blanco, García Moreno, Portales, etc., los antiguos caudillos, han inspirado a los novelistas de su tiempo en la creación de un ciclo trágico en que la literatura adquiere proyecciones de pesadilla. Los tiranos de nuestro siglo: Gómez, Ubico, Machado, Batista, Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Perón, para nombrar sólo a los más brutales o a los más poseídos de su destino, o de su locura, han pasado también a un mundo de ficción.

Novelas como *La sombra del caudillo*, *Tirano Banderas*, *Los de abajo*, *En el puño del amo*, *El acoso*, son el producto directo de una experiencia real, de un espectáculo típicamente hispanoamericano.

En la mayor parte de las novelas que se basan en esta materia política los episodios trágicos, sangrientos, macabros, se mezclan con escenas ridículas, grotescas, o de dramática nobleza y valor. Depende de los personajes. Los generales, caricaturas de hombres en la vida, pasan como caricaturas a las novelas: mandones sin carácter, sin honradez y sin principios, se dejan seducir por el poder, el lucro y la adulación. Convencidos

de su calidad de hombres indispensables destruyen a sus críticos y ahogan en sangre toda protesta. La cohorte de aduladores: secretarios, consejeros, ministros, cuyo papel es establecer la indispensabilidad del dictador, listos a traicionar a sus amigos o parientes, y en caso necesario al tirano. Estos peleles humanos son los que se convierten en esperpentos literarios y los que provocan escenas absurdas y cómicas.

Las víctimas: hombres honrados y patriotas, defensores de la constitución y la justicia; estudiantes idealistas y románticos que sufren en inmundas prisiones las iras del caudillo; trabajadores que luchan por sus derechos democráticos y son torturados y asesinados. Lealtad, patriotismo, dignidad, valentía, desprecio al tirano, son las cualidades que adornan a estos personajes y les hacen aborrecibles a los tiranuelos y a sus esbirros.

La mitad de nuestra historia hispanoamericana es esto. Esta violencia, este desdén por la democracia, por la justicia, por la constitución, por el pueblo. Los "salvadores de la patria", los hombres de espada y de pistola, frente a los hombres puros que todavía creen en los derechos del hombre y en la dignidad humana. La novela cumple su cometido porque, ya lo he dicho muchas veces, sin libertad, sin espíritu de humanidad, toda literatura es estéril e inútil.

El último escritor que se acerca al tema de la dictadura es Francisco Ayala. Español desterrado en América, Ayala ha vivido en Argentina y en Puerto Rico y conoce bien el continente. Conozco de él dos libros de cuentos *La cabeza del cordero* e *Historia de macacos*, dos pequeñas obras maestras. Ayala es un escritor realista, de estilo claro, directo, agudo, mordaz. Su humorismo frío y cruel, su profunda observación de la experiencia humana, su escepticismo, su sequedad emocional aparente, su crudeza de expresión, dan a sus relatos el sello exacto de su personalidad. Ayala desdeña la decoración inútil, el tono literario, analiza con cuidado y certeza las acciones, los hechos, sin rehuir lo vulgar o lo intrascendente. Es un existencialista sin angustia, un psicólogo sin complicaciones, un estilista de estilo movable y cambiante.

Ahora vuelve por los campos de la novela con su *Muertes de perro* (Buenos Aires, 1958), nombre tan original y antiliterario como los anteriores. La obra trata de la vida política de un pequeño país tropical, que podría ser Cuba, Santo Domingo, Guatemala o cualquier otro. La novela está escrita por un tullido, Luis Pinedo, en forma de memorias recogidas de Tadeo Requena, secretario particular del dictador Bocanegra y, después de la muerte del Secretario, de versiones orales o epistolarios de otros actores del drama.

El secretario Requena, presionado por la esposa del Dictador, le asesina y es a su vez muerto por el Jefe de Policía, que habría sido el sucesor de Bocanegra si el azar no hubiera decidido otra cosa. Muchas de las peripecias y aventuras detectivescas de esta novela se deben a la busca de los documentos por parte de Pineda y son importantes como instrumentos técnicos, aunque quitan valor humano a la obra.

Lo más interesante de *Muertes de perro* es su clima inmoral. Estamos en una "republicueta" tropical, rodeados de seres cavernícolas, desde el tirano y su mujer, hasta los sargentos que se apoderan del país, después de su muerte, y que parece referirse al caso de Batista en Cuba. El autor no desperdicia ninguna ocasión de crítica para revelar el estado de baja moral que existe en la nación. La explicación de la dictadura es perfecta: el Secretario particular sacado de la miseria y "hecho a imagen y semejanza" hasta convertirse en "incondicional"; el Ministro de Educación que claudica y se entrega al gran Mandón que ha ordenado el asesinato de su hermano; la aparente honradez del Presidente que no roba porque piensa hacer suyo todo entero al país convirtiendo al Estado en finca propia; los frecuentes crímenes cometidos por los agentes del Tirano y relatados con macabro deleite por el Secretario; la prostitución de los periodistas, escritores y académicos que confieren a un patán como Bocanegra el grado de "Doctor Honoris Causa"; la actuación del Embajador norteamericano que regala a la señora del Dictador una perrita traída de EE.UU. en una fortaleza volante; los amores clandestinos de la primera dama con el Secretario; la superstición de las altas señoras que se nutre de revelaciones espiritistas; la traición constante; el terror desatado; la tragedia inmediata y la muerte.

Ayala domina este espectáculo. Lo ha observado en varias direcciones: en el sur, en el centro y en el norte, desde el interior y en el exterior del continente. Lo conoció ya en España, de modo que el nuevo escenario es para él una adaptación de situaciones y episodios.

Aun después de la caída del tirano la farsa degradante continúa, con su sello genuinamente hispanoamericano:

Aunque asombrosos, estos sucesos no resultan oscuros, sin embargo, ni en su génesis, ni en su manifestación, ni en su proceso: el historiador posee todos los datos para, llegada la oportunidad, organizarlos dentro de un relato congruente y claro, desde la tormentosa sesión del gabinete, espontáneamente reunido en Palacio al cundir la noticia del asesinato de Bocanegra, hasta el momento presente: la disputa surgida en aquella reunión ministerial de emergencia, con secuela de insultos, bofetadas y puñetazos entre los miembros del gobierno a consecuencia de la rivalidad siempre latente hasta entonces en

su seno entre los subsecretarios de Infantería y de Aviación; el escándalo indescriptible; las amenazas más o menos públicas y el conflicto armado; los esfuerzos mediadores del Arzobispo, maniobrando para restituir las aguas a su cauce o, según versiones maliciosas, para llevarlas a su molino; los actos de violencia que, de modo esporádico, empezaron a surgir; la insubordinación de los cuarteles, con el increíble espectáculo de desconcierto e impotencia de la oficialidad; en fin, la proclamación del estado de guerra por decreto del directorio o triunvirato que las clases de tropa habían puesto al frente de su famosa Junta de Defensa del Pueblo...

Esto es lo que hemos visto recientemente en Guatemala, al fin del gobierno de Jacobo Arbenz. Ayala no se inspiró en este hecho histórico, no tenía para qué hacerlo, ya que esta experiencia política es tradicional entre nosotros, viene desde los días de nuestra independencia, está vigente hoy y seguramente se volverá a repetir mil veces.

Muertes de perro es una novela denunciatoria, actual, ejemplar, utilísima. Tenía que ser escrita así, con brutalidad y cinismo, con este humorismo seco y cortante, con la técnica detectivesca de la novela policial, con la presencia tragicómica de un mundo de esperpentos, porque ¿qué otra cosa son estos peleles militares, llenos de oropeles, de concupiscencia y dolo?

El realismo de esta novela consiste precisamente en este modo funambulesco de ver y describir nuestra sociedad y nuestra circunstancia política. Ayala ha penetrado nuestra realidad y la traduce al idioma del arte en forma magistral.

ARTURO TORRES-RIOSECO,
Universidad de California, Berkeley.